# Ibur

Alfredo A Díaz

# Capítulo 1

Te dormís a la siesta sin querer. Cuando te despiertas el sol te está quemando medio cuerpo. Ponés los pies en el piso y lo primero que percibes con autenticidad es un milimétrico y agudo dolor de cabeza. Tenés que planchar la ropa que no lavas hace una semana; ésa que usas todos los días y, que para colmo, es envidia porque parece nueva. Entras al baño, te mojas la cara y te repasas los dientes con la punta de tu dedo más agujereado. Tomás un mate medio caliente y medio frío que refuerza la amargura y la acidez de un estómago vacío y convulcionado por una película de casi tres horas.
¡Mierda! No hay agua.
El sol entra más a la casa. El sol quema un poco más. Pinta infierno Santiago del Estero para este verano neo-neo-neo-liberal. No hay vacaciones, igual, vos y yo ya estamos acostumbrados, pero tampoco somos boludos.
¡Mierda! Florida. Paraíso.
Te largas a la calle. Las flores se distorsionan sin ninguna poesía por veredas hechas mierdas; en un punto, esto está bueno, porque lo contrario inspiraría mediocres versos de alguno que también se larga a pata desde el sur. Calle Independencia es gas y ruido y autos de chetos folclóricos y hermosas tortillas que serían el fetiche festín de algún convertido filósofo griego, que adoptó la vida salvaje una noche que decidió saltar el muro de la metrópolis y comenzó a escribir con la pluma con la que se limpia el traste.
En la sexta cuadra, la caminata se vuelve pesada e infinita, y aún lejos del edificio penitenciario, digo, del profesorado.
Hay que cabalgar. Aspirar metáforas de cáncer. Después, subir (toda una imagen ¿no?), las sucias escaleras y cruzar los baños que a un radio de once metros largan un olor a orina de aquellos y, que ahora que lo pienso, explicarían muchas cosas de la Dueña de sonrisa encefálica.
Creo que te duelen las rodillas. Ahora caminas más despacio. Intento acercarme, pero no puedo. Todo me puede menos vos. Porque cada vez que piensas en mí creo que en verdad estoy aquí, y trato de hacer lo mismo que vos, de escribir con la mente; una mente que no tengo.
No es la primera vez que pasa, que me pasa.
Soy un mal personaje, lo sé, pero me olvido. Mejor me inhabilito la boca con la bolsa de plástico que me dieron cuando estaba en T89k.k., Circuito 00053217, a tres años de Algarra II.
Después de dos horas vuelvo (ahora), y te encuentro regresando, y te encuentro, cagada de frío y cruzada de brazos.

Cómo es que logras actuar así, si sabés, que de vez en cuando, vos, por alguna razón que todavía no comprendo, te conviertes el personaje de tu propio relato, que parece mío, pero que es tuyo, y solo tuyo.

Sé que comenzaste a caminar más rápido. Te adelantaste a mí, me cruzaste sin amor. Pero esa sos vos. Toda mentira.

Veo que te pierdes, que te desvaneces —la fotografía depende de dónde se te mire—, entre las rojas y verdes luces kilométricas de esta calle quebrada y oscura.

# Capítulo 2

¿Hasta qué punto las clases no son para desaprender?, se pregunta Ibur, en el pasillo mal iluminado y sucio del profesorado, un tanto gore por el piso colorado, mientras lee Historia de la sexualidad de unas fotocopias que humedece con la transpiración de los dedos.

Levanta la cabeza. Suspira. Ciñe los ojos: los tiene colorados, le arden, el verano nunca le sentó bien a su pobre visión, tampoco, el leer mucho. Mira sus zapatillas, y detecta la irrepetible variedad de manchitas en los cordones que en este preciso momento, dejaron de ser blancos. Si no está encerrada en su pequeño apartamento —en esa especie de cápsula de confort y ansiedad, que ella misma confeccionó en solo tres días—, el silencio que pueda pescar mientras camina un tanto aturdida por calle, con medio mundo chocándola, en el colectivo, aun, en un puto pasillo como este, la atormentan, la desconcentran para leer o para escribir lo más simple que pueda ocurrírsele. Esas cosas, como escuchó decir por ahí, que no tienen por qué ser escritas.

Ibur, tiende a hacer lo contrario. Para ella, los caprichos, no son simples pavadas de una adolescente de otro mundo.

El pasillo está más oscuro.

La tarde está cayendo. Este es el momento en que los últimos rayos de luz, gozan, para desgracia Ibur y de los terrícolas con miopía, de una transparencia que lentamente se desintegra y, que por extraño que parezca, llega hasta la oficina en la que están metidos —amontonados al igual que ratas en celo— los profesores y profesoras; y obvio, comen galletas dulces y se limpian las migas de la boca con la palma de la mano cubierta de tiza.

Los niveles de estupidización no son sutiles, más bien, se estampan en la cara, y cómo no, si todos están como títeres aquí, menos Ibur, que ahora ya no soporta nada, ni siquiera su discontinua respiración; y cómo no, si en este profesorado hasta estar de oyente está prohibido, si hasta apoyar el culo en una mesa lo está, y cómo no, si hasta leer a Foucault lo está.

Ibur sopesa su enojo, su depresión, su insomnio, y se muerde los dedos con sus pequeños dientes que apenas se ven cuando habla, cuando grita, o, cuando en medio de un vendaval corre a morir , y, cuando por fin llega al parque, a la zona más oscura del parque, siente un dolor punzante en la garganta que le impide respirar, y una congelada sensación que la hacen, primero, retroceder, después, desplomarse al suelo; en ese momento se despierta, totalmente sobresaltada, con un brazo envuelto a

la sábana, y va al baño, se lava la cara; ya no vuelve a dormir, pone la pava, y enciende un cigarrillo que apenas fuma.

# Capítulo 3

El intenso ruido y el insoportable olor a combustible la hacen ir en el aire, como humedad, sin peso: una figuración plagiada y sin redención. Ibur ciñe los dedos de los pies. Tiene las zapatillas manchadas con barro y están húmedas.

Le resulta carcelario el síntoma de bajar los ojos cada vez que detecta una perversa mirada que la persigue desde la otra vereda como si la cociera desnuda o algo parecido. Siempre le pasa lo mismo; está podrida.

A veces se oculta en algún edificio del centro y trata de recordar su planeta; ese prematuro origen desde el que se desprendió con el configurado objetivo de Viajera. Cuando los recuerdos se vuelven más nítidos de lo normal, tiembla, e incluso llega a paralizarse. Saber que este mundo no es el único que cataloga a sus habitantes debería consolarla. Pero no. Eso no pasa. Se resiste, cueste lo que cueste. Ibur no se olvida de cómo evitar que la angustia sabotee su mente. Y para colmo de los males (los suyos) su plantita de Tuena murió. Cuando regresó encontró la ventana abierta y a ella calcinada bajo la luz.

A pesar del tiempo recuerda perfectamente el día en que la encontró (2377k; Sector F:90022): los sensores de la nave detectaron algo detrás de un extenso valle pedrisco a unos tres kilómetros de su ubicación. Dejó el aparato y se internó dejando cada cincuenta metros de distancia perfiles de orientación para el regreso. Después de varias horas, al borde de un oscuro cráter la encontró, sola, en medio de la nada fría y solitaria de Tuena. Sonrió.

Ibur está sentada en la cama. Estira las piernas y se acuesta: abre los brazos y se concentra en la circular mancha de humedad del techo que parece dibujada. El ventilador en funcionamiento deforma su percepción del espacio; el apartamento de un ambiente parece un poco más grande, más distante, fuera de sí.  Está a punto de llorar; su llanto no tiene lágrimas. Ibur se mueve sobre la cama estirando las sábanas.

El ruido del tránsito, sin ninguna explicación urbana, comienza a diluirse.

La plantita de Tenua ya terminó de volatilizarse  en el mismo sitio en el que la encontró hace solo treinta minutos: en el piso, en frente de la única ventana, al lado del televisor, en diagonal a un tomo de Historia del pelo cuya tapa está rayada; no había nada que pudiera hacer. Y, es por eso que Ibur se duerme. Tiene un brazo bajo la almohada.